

# Cuartillas **EL CASO** **MILLAS**

Por  
**RAMON VASCONCELOS**

**N**O hay derecho... Eso de que encima de la solicitud y advertencias del comandante Carlos Millás, a su vocación meteorológica, a su capacidad científica, a sus desvelos, se corresponda con críticas de campanario porque el ciclón no siguió una trayectoria trazada previamente a lápiz o porque defraudó las esperanzas de tener a mano una catástrofe que permitiera hablar hasta por los codos durante una semana, con sus correspondientes asaltos a las bodegas, sus puñaladas al descuido, su desfile de héroes y su cortejo de calamidades menores; eso de instruirle juicio de residencia al distinguido hombre de ciencia cubano, es una injusticia.



Anoche leyó Millás el expediente de sus observaciones, de sus circulares, de sus advertencias reiteradas, en que nunca negó la posibilidad de que las provincias occidentales, incluida Matanzas, sufrieran los efectos del meteoro. Tres, cuatro, cinco veces repitió que el peligro era inminente, que se hacia indispensable tomar medidas, que las mayores precauciones eran aconsejables, en fin, que el vórtice pasaria al Este de la Habana, como sucedió, si bien se trataba de un ciclón "joven y cubano", de no terrible intensidad. A medida que el huracán avanzaba y se recibian en el Observatorio Nacional datos e informes acerca de su marcha, Millás fué concretando sus pronósticos, dando la voz de alarma, multiplicando sus boletines y telegramas.

El turista del Gran Caimán, con movimientos lentos, como quien no tiene prisa, al paso de un hombre apurado —cinco o seis millas por hora— marchó sobre la Isla, revolvió el litoral de Cienfuegos, sopló sobre Batabanó, anunció su visita a la Capital.

**D**E acuerdo con un criterio plausible, autoridades y vecinos extremaron las previsiones para aminorar los efectos de la arremetida. Se clavetearon puertas y ventanas, se empapelaron las vidrieras de las tiendas, se hizo provisión de viveres, se organizó el patrullaje de las calles, se izaron banderas de alarma en los pueritos amenazados, por indicación del Director del Observatorio Nacional, y se prohibió la salida de embarcaciones para evitar naufragios.

Pero el ciclón cambió de ruta. No siguió la del padre Goberna, que la situaba entre Guanajay y Artemisa ni totalmente la del comandante Millás. Se metió en la

Ciénaga de Zapata, arrasó la zona de Alacranes, Unión de Reyes y Cidra, se ensaña con la ciudad de Matanzas, sacude a la Habana y se interna en el Canal de la Florida para hacerle la visita obligada a Miami.

**L**OS matanceros pusieron el grito en el cielo. Su primera reacción fué contra la imprevisión oficial, la segunda en favor de un socorro que alivie rápidamente su situación. Lo primero es disculpable, lo segundo urgente. Ante el cuadro de desolación de pueblos y campos de la provincia de Matanzas, los matanceros tenían que entregarse a la desesperación y buscar un culpable. Pero en realidad la culpa no fué de nadie. Y si la hubo, fué de los imprevisores, que no atendieron las recomendaciones repetidas hasta la saciedad por Millás y dejaron via libre al ciclón con la esperanza de que Vueltabajo, como de costumbre, pagara los vidrios rotos.

**P**ESE a los enormes daños materiales, el meteoro fué benigno. Las víctimas humanas son insignificantes. Algunas siembras no sufrieron destrozos por la sencilla razón de que no era la temporada de su cosecha. Entre las casas abundaban los bohíos, tan frágiles, tan endeables, que vuelan al menor impulso del viento. Cuanto a la caña, de aquí a la zafra estará en pie, las chimeneas del Santo Domingo y del Conchita serán reparadas y habrá zafra en ambos ingenios. Esto no será óbice para que se voten los créditos de auxilio solicitados en las zonas dañadas por el ciclón y para que se modernice un poco el tipo de vivienda que todavía tenemos en los campos, de yagua y guano con piso de tierra, como en la época remota de los siboneyes.

**E**SO sí, poner en entredicho el celo del comandante Millás, censurarlo por las veleidades del viento, creer que es un adivino de profecías infalibles, culparlo exactamente de lo que se cansó de advertir, es el colmo de la inconciencia o de la iniquidad. En tiempos de la Inquisición no se obraba de otra manera. Entre los energúmenos que tiroteaban a los "teams" científicos de veterinarios en México que iban a combatir la fiebre aftosa y los acusadores gratuitos de Millás porque el ciclón modificó su itinerario o no fué tan catastrófico como se esperaba, existe poca diferencia.

En vez de discutir la infalibilidad de un hombre de ciencia tan modesto y competente como Carlos Millás, que ha levantado el prestigio de la Meteorología en nuestro país y presta servicios eminentes al público desde una modesta posición oficial, lo que debiera hacerse es rendirle un homenaje nacional, reclamar para él el ascenso en la Orden de Céspedes, honrarlo como se merece. Y de paso, levantar casitas modernas en Matanzas, repartir alimentos y ropas, reparar los daños del meteoro. Una cosa no es incompatible con la otra

*Información, septbre 25/1948*

